

Marianne Toussaint. *Murallas*. México: SOCICULTUR, 1996.

Marianne Toussaint en la plaqueta *Murallas* nos entrega tres poemas sólidos, rotundos, elaborados con el arte y la minuciosidad de las antiguas tejedoras de rueca. Los hilos de su poesía son también antiguos, noches de insomnio y la infatigable memoria de la infancia, criatura caprichosa que nos adelanta y nos sorprende en su cruda desnudez, ante la cual no hay escapatoria posible, sino el combate frontal, tomarla de la mano y juntos hundirnos, ahogarnos y tragar los sedimentos con la delectación del sabor añejo de los dulces infantiles, para finalmente emerger limpios, livianos, despedirnos de ella como quien suelta al aire la cometa multicolor, suave, lenta pero definitiva.

En la afirmación del día como fundición de tiempo y movimiento, reside la tensión poética creada por Marianne Toussaint; tarde, mediodía, noche, equivalen a la rotación de la tierra, movimiento que en el poemario se presenta como el equilibrio que armoniza y da sentido a lo inmóvil como un todo circular.

Para Bella Jozef, la poesía es la reconciliación del ayer, hoy y mañana. Marianne Toussaint reconcilia a la mujer poeta con la niña exiliada en murmullos comprimidos en partículas de luz y sombra donde existía "una jaula dentro de otra". En el poema "La torre del pájaro", el día con sus intersticios es la tensión por la que transitan en el sueño de la ciudad interior que la habita tres de los cuatro elementos: el fuego purificador como pira, flama, tea, luz roja insostenible que calcina y clarifica; el aire, viento acañonado que muerde al silencio, capaz de derribar las murallas y los linderos de la noche; el agua es llanto, venas de ríos, sudor, humedad. En el destierro de la infancia no hubo lugar para la tierra, territorio sólo nutrido por la presencia del hombre, único y capaz de fertilizarla, darle vida: sólo existió "el espejismo de su ausencia". La falta de la tierra y el varón que la cultivara dio paso a la edificación de calles y ciudades desiertas y amuralladas en la argamasa del sueño y la memoria: oquedades donde se anudaron las cenizas del fuego, las astillas del desamparo y las heridas de un cielo rasgado de torres.

Marianne Toussaint evoca e invoca a la luz para crear poemas luminosos; luminosos por la pulcritud del lenguaje y los trazos finos, precisos, firmes con que delimita cada verso, y por la luz como elemento regente de los tres poemas, aunque hay trizaduras, murallas que hacen crecer alargadas sombras.

En "Comienzo a deshabitarla", la luz abre el poema, pero no la luz límpida y fresca, es la luz de la tarde filtrada a través de los huecos de

la jacaranda y tampoco es la propia, es la de Ella, la madre, la cómplice con quien el yo se funde en la soledad del paisaje del destierro para juntas deambular prisioneras en la ciudad amurallada de la memoria.

Al igual que el primer poema, mantiene la estructura polifónica conformada por la segunda y tercera persona: "tú" y "ella" que se unifican en una, la siempre madre, la siempre sola que a veces se precipita "como agua para cantar", a quien se dirige el yo del exilio, del destierro, el yo que se buscaba "en el polvillo de los libros" y "noches de ladrido y rumor de lluvia." Las voces se amalgaman en el nosotras para juntas llorar y recoger la "imagen en el espejo llovido de la tarde". Finalmente, en los dos últimos versos el yo se desprende y crea su propia luz, se aleja del destierro interior, deshabitándolo como quien suelta el cometa, suave, lenta pero definitivamente.

LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ
University of Texas at Austin